



## Comentario bibliográfico

**Emiliano Gastón Sánchez, *Batallas de tinta y papel. La prensa de Buenos Aires ante la Primera Guerra Mundial* (Temperley: Tren en Movimiento, 2024).**

**Matías Alderete**

*Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” - Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires*  
*matialderete@outlook.com*

*Fecha de recepción: 31/10/2025  
Fecha de aprobación: 20/11/2025*

**E**n 2014, Emiliano Sánchez defendió su tesis doctoral *Guerra de Palabras. Representaciones, debates y alineamientos de la prensa y la opinión pública de Buenos Aires ante la Gran Guerra (1914 -1919)*. Diez años después, ve la luz *Batallas de tinta y papel. La prensa de Buenos Aires ante la Primera Guerra Mundial*. Pero este libro no es apenas una reescritura de la tesis original, sino una reelaboración más compleja, en la cual hay un aparato erudito actualizado y un desarrollo y una complejización de algunos temas previamente mencionados, especialmente de la primera parte y la incorporación de algunas fuentes. Esta reescritura da lugar a una edición de 556 páginas, diagramado en ocho capítulos más un apartado de introducción y uno de conclusión. Este aspecto editorial y material de la obra debe ser tomado en cuenta, pues esta extensión y el formato elegido posicionan al libro en un lugar diferente a colecciones como, por

ejemplo, la de la editorial Siglo XXI “Temas de Historia y Cultura”, que publica tesis doctorales revisadas para alcanzar un público ampliado, con un lenguaje más accesible, la supresión de las notas al pie y de diversos apartados. Con *Batallas de tinta y papel*, editada por Tren en Movimiento, se optó por un camino diferente: se trata de una profusa investigación histórica, con notas al pie en todas las páginas y una narración compleja y detallista que requiere de un lector algo entrenado. Es un tipo de emprendimiento editorial e intelectual que amerita ser saludado y ponderado positivamente, pues apuesta por una mayor circulación de las investigaciones académicas y aporta a la consolidación de campos de estudio.

De modo más preciso, la obra está inserta en el campo historiográfico de la prensa, considerando la cultura impresa y la construcción de un “sistema mediático, es decir, un entramado de publicaciones y periodistas que dialogan, polemizan y se citan entre sí” (p. 20). Como destaca el propio autor en la introducción, la recepción de la Gran Guerra en el país había sido estudiada previamente apenas en su carácter de fenómeno diplomático o político. *Batallas de tinta y papel*, en cambio, se propone inmiscuirse en ese fenómeno poniendo el foco en la prensa masiva de la primera década del siglo XX. En este sentido, la hipótesis central de la investigación sostiene que en torno a la Gran Guerra se dio un “capítulo fundamental” de la modernización de la prensa, un proceso que se había iniciado en el último tercio del siglo XIX. La coyuntura que se abrió en 1914 diversificó las estrategias que los diferentes medios periodísticos utilizaron para informar sobre este “momento global” (p. 13). No obstante, el trabajo de Sánchez no solamente aborda al tema propiamente periodístico, sino que hace un enorme esfuerzo por dar cuenta del impacto de la Gran Guerra y como atravesó a toda la sociedad, poniendo el foco en la agencia de los distintos actores mediáticos, pero también en las posibles recepciones, opiniones y sentires del gran público.

La organización de los ocho capítulos que componen el libro responde a un doble criterio. La cuestión cronológica se mixtura con la problematización, partiendo de preguntas, estudios de situación puntuales y una estructura narrativa que hace confundir al libro de historia con el libro de ficción, sumergiendo al lector en la Argentina de la Primera Guerra Mundial. La periodización podría parecer clásica, aquella que indaga la prensa durante la duración del conflicto. En cambio, la propuesta obedece a una serie distintiva de factores: si el punto de partida es el asesinato del archiduque de Sarajevo, el momento del desenlace no se corresponde con la victoria aliada ni con

la firma del armisticio en Compiégne en noviembre de 1918, sino con los festejos locales por el fin de la guerra en julio de 1919, ya que la Conferencia de París o el Tratado de Versalles ocuparon un lugar central en la cotidaneidad informativa del primer semestre de ese año.

El libro tiene tres partes, cada una vinculada a una etapa de este recorte cronológico propuesto. Así, en la primera parte, que va desde el primer hasta el cuarto capítulo, Sánchez explora el primer momento de interés del público en la cobertura de la Gran Guerra, indagando sobre el impacto temprano de los hechos que desataron el conflicto bélico a partir de una batería de noticias que llevó al público a la “compulsión informativa.” En el primer capítulo se explora la emergencia del interés bélico y la centralidad de ciertos casos policiales, como el *affaire Caillaux*, que tiene como principal protagonista a Henriette, esposa del político francés Joseph Caillaux, que asesina al director del periódico *Le Figaro* por perjurar a su esposo. La primera recepción del asesinato del archiduque de Sarajevo generó menos interés en los lectores que estos casos policiales, evidenciando el gusto del público lector por los crímenes y la violencia. Pero todo cambia unas semanas más tarde, con el ultimátum de Serbia a Austria. Según Sánchez, hay tres factores que permiten explicar el interés sobre la Gran Guerra: en primera instancia, la cantidad de migrantes que vivían en la ciudad de Buenos Aires y que estaban dispuestos a luchar por su patria lejana; en segunda instancia, el temor a una corrida bancaria, debido a las consecuencias que generaría la batalla entre los principales socios comerciales del país; finalmente, la creencia de que la Primera Guerra Mundial debería definirse en el corto plazo, pues era inviable pensar en una guerra sostenida por años. Este último aspecto es revelador: para el autor, el ímpetu lector se debió justamente a que no veían posible una guerra de larga duración.

El segundo capítulo explora las diferentes maneras y estilos que tuvieron los periódicos a la hora de presentar, informar y analizar la guerra, subrayándose la importancia que tuvieron los cables telegráficos, ciertamente cruciales a la hora de mantener la cultura de la noticia internacional elaborada desde finales del siglo XIX. Así, ciertos debates e ideas, como el de la culpabilidad de cada nación en los orígenes de la guerra, circularon ampliamente y fueron puestos a disposición de un público heterogéneo. Existió, de manera simultánea, cierta caricaturización de los mensajes de cable, para informar y entretenir. Incluso, en tono irónico, se informó sobre la supuesta aparición de un nuevo oficio: el “redactor modernista,” que suavizaba o hacía más

entendibles los mensajes enviados. En este sentido, los mensajes telegráficos fueron tan solo una parte de la “batalla comunicacional” durante los años de la Gran Guerra.

El tercer capítulo del libro se interesa por el contenido informativo que circulaba en los medios periodísticos. Tópicos como el abordaje de la aliadofilia y la germanofilia, las posiciones pacifistas y belicistas que aparecían en diferentes columnas de opinión y los cuestionamientos y posicionamientos a favor y en contra del neutralismo (aspecto muy bien ponderado y deseado desde un primer momento) podían leerse en una misma página. Aquí, el autor también se preocupa por la identidad nacional y revisa cómo el conflicto bélico fomentó “una mirada introspectiva” que permitía la reflexión sobre el pasado más inmediato, como así también alimentó un “juego de afinidades” con distintos países de Europa (pp. 130-131).

La invasión a Bélgica y la forma en la cual fueron mostradas las acciones alemanas son el objeto del cuarto capítulo. Diarios, semanarios y revistas hicieron una evaluación moral del accionar del ejército alemán, al mismo tiempo que tenía lugar el primer conflicto diplomático serio para Victorino de la Plaza, presidente de Argentina por aquel momento. Este capítulo da cuenta del enfoque global del autor: la invasión a Bélgica es considerado un “episodio global” que se evidencia por una transferencia cultural entre imágenes que circularon en el Viejo Mundo y la recepción local (pp. 207-209). Así, la toma de Bélgica se transformó en la expresión de la brutalidad germana. En particular, el avance alemán sobre la ciudad de Dinant, que termina con el fusilamiento de civiles, entre ellos, el vicecónsul argenino Remy Himmer. Parte de esta construcción mediática para mostrar los “horrores alemanes” consistió en la reproducción de imágenes como escombros, ruinas y víctimas de la guerra, lo que resulta nodal para dar cuenta de parte de su argumento: la modernización de la prensa implicó un uso intensivo de ilustraciones y fotografías junto a noticias cotidianas pero novedosas, solo viable gracias a las estrategias locales de reelaboración de ese contenido.

Los capítulos quinto y sexto conforman la segunda parte. Sánchez señala que entre 1915 y 1916 se observa un “amestamiento” (p. 23) del flujo informativo. En efecto, los ánimos fervorosos y el interés en el espectáculo bélico parecen mermar desde inicios de 1915, debido especialmente a la cotidianeidad con la cual la guerra empezó a ser tratada. Estos dos capítulos abordan lo que el

autor entiende como la fase menos intensa de producción e interés de contenido sobre la guerra, precedida por un semestre que derramó información sostenidamente.

El capítulo quinto aborda las diferentes estrategias que pusieron en marcha desde la prensa para captar nuevamente la atención del público lector, al mismo tiempo que revela cómo impactó la guerra en diferentes países. En primera instancia, se señala un hartazgo del público, esencialmente debido al estancamiento de la conflictividad bélica y a la repetición constante del mismo tipo de novedades. Tal vez ese sea el motivo por el cual los periódicos retrataban con cierto ímpetu la emergencia de un clima panamericano por parte del presidente norteamericano Woodrow Wilson, empeñado en que las economías de los países neutrales americanos no fueran golpeadas por el efecto del enfrentamiento bélico.

El capítulo sexto retoma parcialmente algunos abordajes realizados en el capítulo anterior. Las elecciones presidenciales de 1916 corrieron a la guerra de la centralidad de la agenda mediática. Sin embargo, eso no impidió que los medios periodísticos siguieran buscando diferentes estrategias o contenidos para atraer nuevamente a los lectores. Uno de los aspectos que el autor escoge profundizar para que pueda observarse la variedad de temas trabajados por la prensa es la cobertura sobre la elaboración de “listas negras”. A comienzos de 1916, el gobierno británico puso en marcha la “Ley de Comercio con el Enemigo”, que prohibió a sus ciudadanos establecer relaciones comerciales con los ciudadanos de los países contrarios a Inglaterra. La atención que generó esta estrategia de guerra económica, impulsada sobre todo por ese país para ejercer presión, ocupó un lugar importante en las páginas de la prensa.

Finalmente, los capítulos séptimo y octavo se dedican al tercer momento de la periodización propuesta. Sánchez señala que en 1917 vuelve a cobrar interés la guerra debido a la declaración de guerra de Estados Unidos a Alemania. Este hecho fue saludado positivamente por la prensa local, que pasó de criticar el pacifismo propuesto a fines de 1916 a ver en Wilson un héroe democrático. Por otra parte, la aparición ebulliciosa de diferentes medios que construían un discurso propagandístico es utilizado por el autor para dar cuenta de la existencia de ciertas voces que iban más allá del “consenso neutralista”. Para ello el autor dedica un apartado específico al periódico *Idea Nacional* que defendía el neutralismo radical, aunque apoyaba intransigentemente al bando aliado. Los

periódicos, por su parte, mostraron también las consecuencias de la guerra en un país como Rusia. Desde comienzos de 1917 la prensa porteña informó sobre el devenir político ruso como un conflicto secundario y caracterizado como una revolución liberal y no un peligro “maximalista.” La llegada de los bolcheviques al poder en octubre modificó esa prístina algarabía que había despertado la Revolución Rusa: ya no se fue una sociedad aliada, sino germanófila, que sembraba la semilla del conflicto social.

En el octavo capítulo, que cierra la investigación, se analizan las últimas derivas de la Gran Guerra: desde la expectativa por parte del público porteño de una batalla final en el frente occidental hasta los festejos de julio de 1919, en donde convergieron las fiestas nacionales francesas con un festejo en honor a su victoria aliada. A partir de 1918 también empezó el acercamiento de la prensa local a las agencias norteamericanas como una parte nodal de su modernización. A partir de entonces, la presencia de las agencias de noticias norteamericanas (*United Press* y *Associated Press*) fue consolidándose, a la vez que se dio una progresiva pérdida del monopolio de la francesa *Havas*. Los festejos de julio de 1919, ya con un armisticio casi total y con el Tratado de Versalles firmado (acontecimiento que fue profusamente tratado en la prensa), evidencian el fin de una época, de un mundo bélico, con el que hubo tanto encantamiento y seducción como ansiedad y nerviosismos.

En conjunto, hay un aspecto nodal que quisiera resaltar, y es la capacidad narrativa del autor. Esto queda patente desde el primer capítulo, al momento de analizar la centralidad de ciertos casos policiales contemporáneos a la cobertura de la Gran Guerra, como el *affaire Caillaux* y otros policiales. El público argentino se interesó en el mundo noticioso como una ventana cosmopolita y la Gran Guerra fue transformada en un espectáculo mediático del cual todos estaban al tanto. Así, millares de personas esperaron, con inquietud, la reapertura de los bancos en agosto de 1914, luego de que el presidente De la Plaza hubiera declarado feriado bancario los días 3 al 8 de agosto por temor a los efectos de la guerra. Periodistas como Arturo Giménez Pastor, por su parte, se quejaron del interés de la “muchedumbre” (p. 67), que aparecía y actuaba como estadista o brindaba sus puntos de vista como si fuese especialista.

En las páginas de ese primer capítulo, Sánchez describe el funcionamiento de las redacciones periodísticas y el uso de las pizarras, que permitían la circulación de la información de los diversos temas cotidianos sin comprar tan siquiera el diario. Los cables eran expuestos en las vidrieras o en el *hall* del mismo periódico e incluso la redacción de *La Prensa* ideó un sistema para evitar los tumultos sobre la calle o la vereda: los colores utilizados informarían sobre las victorias o derrotas de cada bando en las batallas. Estos diferentes aspectos se encuentran hilados cuidadosamente y con el mayor detalle posible para entregar al lector una fotografía, pero escrita, de cómo los porteños se hicieron eco de la Gran Guerra.

La historia de la prensa que hace Emiliano Sánchez en esta obra no centra la mirada en cómo se informó o representó la Primera Guerra Mundial en sus múltiples páginas. *Batallas de tinta y papel* es una investigación que se adentra en cómo vivieron los lectores de la prensa porteña una época de guerra a partir de un sistema mediático que los invitaba a participar continuamente. Se trata de un libro detallista que puede orientar, tanto teórica como metodológicamente, próximas investigaciones relacionadas no sólo con la recepción de la Gran Guerra, sino con la historia de la prensa en general.